

El palabro letrado



*María Eugenia Barrera Estévez
Docente
Colegio Distrital República de Costa Rica*

Voy a contarte una historia que sucedió hace muy poco tiempo en el maravilloso país de las letras; allí no viven seres humanos, por lo tanto, nadie sabe lo que voy a relatarte. Que, ¿cómo me enteré? Aunque no lo creas, la información se filtró a través de un lorito muy parlanchín y ahora, tú serás el afortunado en conocer lo que para muchos, puede ser una historia de "muchas palabras y poca acción".

En este fantástico mundo, se reunieron las palabras para escoger cuál de ellas sería la más bella, la más importante. Estás pensando; ¡Ah, otro reinado! Pero no, no era un simple concurso ya que para ellas era tan serio que no quedaría en "letra muerta".

El famoso letrado lugar en donde se realizaría el certamen, estaba completamente lleno. Todos los estilos de prosa y verso estaban presentes, así como los géneros literarios y periodísticos; pero los acentos y la tilde eran los más entusiastas. El maestro de ceremonias, impecable en su traje de gala, era don Asterisco, quien con su voz sonora anunció la entrada de los primeros participantes: los verbos. Entre hurras y vítores, con su séquito de adverbios, modos, tiempos y voces, proclamaron su importancia, ya que ellos expresan las acciones y estados de ánimo. Su argumento más convincente fue: "Sin nosotros todo se queda en puras palabras. Somos la acción, el movimiento". Cuando los aplausos cesaron, entraron los pronombres; en forma humilde y sencilla se dirigieron a los orgullosos verbos, diciendo: "Si, ustedes son muy importantes, pero sin nosotros no tienen quien los haga actuar". Un murmullo de aprobación se escuchó en el auditorio.

Don Asterisco anunció a las siguientes palabras en presentarse: los sustantivos; eran tan numerosos que casi no caben en el escenario; con pitos, serpentinas y alegres pancartas proclamaban su función de darle nombre a todo lo que nos rodea. Uno de ellos dijo con voz firme y vigorosa: "Sin nosotros no habría 'luna', ni 'amanecer'; los niños no tendrían mascotas, ni podríamos diferenciar los ríos o los países. Somos el significado de las cosas". Al terminar su discurso, el público estalló en vivas y aplausos.

"Un momento", dijo una voz melodiosa. Los asistentes quedaron en silencio, sorprendido al ver que los adjetivos habían ingresado sin que don Asterisco los hubiese anunciado. Todos se pusieron de pies al ver tan variadas formas, colores, tamaños, texturas, cualidades y cantidades; cuando el auditorio se calmó, prosiguió el alegre adjetivo: "Nuestro trabajo es cambiar a los sustantivos, modificarlos. Somos sus maquilladores profesionales; sin nosotros ellos serían monótonos y aburridos". Y en seguida, reuniéndose con los sustantivos, formaron bellos y variados conjuntos de palabras. Los aplausos y las ovaciones resonaron en el letrado; todos estaban muy emocionados con el espectáculo.

"¡Las señoritas preposiciones y conjunciones!", anunció solemnemente el maestro de ceremonias. En grupo reducido y poco vistoso, se pasearon por el escenario, el abucheo y las rechillas fueron generales; pero ellas, muy orgullosas, esperaron hasta que la gritería terminó y una de ellas dijo con voz temblorosa por la emoción: "La verdad es que somos relativamente pocas, pero muy útiles porque organizamos y coordinamos a las demás palabras; no tenemos tanta variedad, pero imponemos el orden y damos coherencia. Sin nosotras reinaría el caos". Ante estas sencillas, pero contundentes razones, la concurrencia aplaudió con respeto y admiración.

Al final, después de ser anunciados por don Asterisco, los artículos entraron tímidamente, ya que en ese momento los ánimos estaban bastante exaltados y los seguidores de unas y otras gritaban consignas de triunfo y coreaban canciones de apoyo. Cuando el maestro de ceremonias logró que los asistentes se calmaran, uno de los artículos expresó, con decisión, su importancia: "Nosotros determinamos el género y número de las palabras".

El jurado, compuesto por importantes personalidades del mundo letrado como el señor Paréntesis, los puntos suspensivos, las exclusivas comillas, la señora Lingüística y doña Ortografía, entraron a deliberar. Después de dos horas de acaloradas discusiones, debates, paseos y mucho bla, bla, bla, no pudieron llegar a ningún acuerdo. La más exigente de todas, doña Ortografía, no quería ceder en ningún aspecto; las señoritas comillas fueron más conciliadoras, pero ni aún así llegaron a un veredicto final.

Estando en estos irs y venires, un hombre maduro entró al recinto. Era de mediana estatura, cabellos grises y ensortijados; en su rostro, de mirada profunda, sobresalía un gran bigote; vestía una alegre guayabera y bajo el brazo, llevaba un voluminoso diccionario. Respetuosamente pidió a don Asterisco le permitiera el micrófono. Él, sin salir de su asombro, se lo entregó. El hombre saludó e inmediatamente, al notar su acento costeño, los asistentes exclamaron casi al unísono: ¡Es Gabol! ¡El ganador del premio Nobel!

El hombre habló pausadamente y dijo: "Esta reunión me parece inútil y absurda, puesto que es prácticamente imposible elegir cuál es la palabra más bella o la más útil". Un rumor de desaprobación se escuchó y se alcanzaron a oír voces pidiendo la salida del intruso, pero él, impasible, continuó: "Todas las palabras son necesarias y todas, por supuesto, son hermosas".

Todo depende de cómo las utilizemos; con ellas podemos ofender o enaltecer, expresar odio o aprecio; crear o destruir. Hay tanta variedad en las palabras que nadie podría decir cuál es la más importante o la mejor. ¡Yo las elijo a todas!".

Un silencio sepulcral reinó durante algunos segundos, luego las voces de aceptación resonaron en todas partes. Todos quedaron satisfechos y agradecidos por la sabia decisión.

¿Te gustó la historia? A mí también, pero, aunque estoy de acuerdo con Gabriel García Márquez, pienso que las palabras más bellas son las que hablan de AMOR. ¿Estás de acuerdo?

